

**Ucrania**

# Europa diferente

**Ucrania no es Europa a pesar de que nos digan lo contrario políticos y periodistas que jamás han estado allí. Es algo que no tiene nada que ver con la ubicación en un mapa, es algo intangible pero que se percibe nada más cruzar la frontera.**

Miquel Silvestre



kilómetros me ha costado un buen puñado de euros. He pagado la novatada. Pronto aprenderé que incluso para la extorsión hay fijadas tarifas aceptables.

## Kirovgrado

Soy el único huésped del hotel Interturist, mausoleo gris de más de 10 pisos. La habitación goza de todas las comodidades: teléfono de bakelita, jergón de medio metro de ancho, baño estrecho y sin agua caliente. No encuentro nada abierto salvo un quiosco donde sirven cerveza y cacahuets. Los hombres parecen asesinos en serie, las ucranianas tienen tipazo. Se ve que comen poco. La camarera no entiende una palabra de inglés pero es muy simpática. Se llama Iluana. Me regala la primera sonrisa sincera.

Despierto a las cinco. Entra luz a raudales. No hay cortinas, lujo decadente y burgués que sólo aprecian los vagos y los enemigos del pueblo, esa chusma saboteadora que huye de levantarse al alba para trabajar con ganas. Busco el comedor. Sale a mi encuentro una empleada malencarada. Me odia y ninguno de los dos sabemos por qué. Entrego mi ticket de desayuno y recibo como premio un plato de pescado de río cocido y arroz blanco con pepinillos. Ahora entiendo tanta hostilidad, esta gente no come fibra vegetal.

Asombra tanta pobreza. Cada ciudad o pueblo es un atasco de Ladas, Trabants, Dacias y motos Ural con sidecar. Los camiones echan más humo que Santiago Carrillo en una reunión del Comité Central. Me dirijo a Mariupol, ciudad vacacional a orillas del Mar de Azov. Se supone

**E**s como entrar en el túnel del tiempo para retroceder a los años cincuenta. A los peores años cincuenta de los planes quinquenales y el KGB. Policías ásperos, nula cordialidad, señales en ininteligible alfabeto cirílico, pueblos decrepitos, tipos ociosos vestidos con camiseta de tirantes, miradas de curiosidad nada amables, símbolos soviéticos, pésimas carreteras, infinitos campos de trigo.

El pasado soviético es aquí un feísimo presente perfecto. Todo el camino está salpicado de estrellas rojas, monumentos a la victoria contra Alemania, esculturas dedicadas al agricultor, al soldado, al artesano, al obrero. Sigue en pie toda

esa vieja épica musculosa de cuadrículados héroes del pueblo sin más sentimientos que la dictadura del proletariado. Lo curioso es que la imaginaria soviética coexiste con un fuerte resurgir religioso. La iglesia ortodoxa impone su marca. Lenin y Cristo conviven frente a frente sin molestarse mutuamente.

Casi nadie sonríe en Ucrania. Salvo los agentes de tráfico. Pero la suya es una sonrisa de hiena. Su desfachatez para cobrar sobornos demuestra que la suya es una corrupción consentida por las autoridades, cuando no directamente alentada. Así no hay quejas por los salarios de miseria. Hacer los primeros 150



## Motociclismo de aventura para principiantes

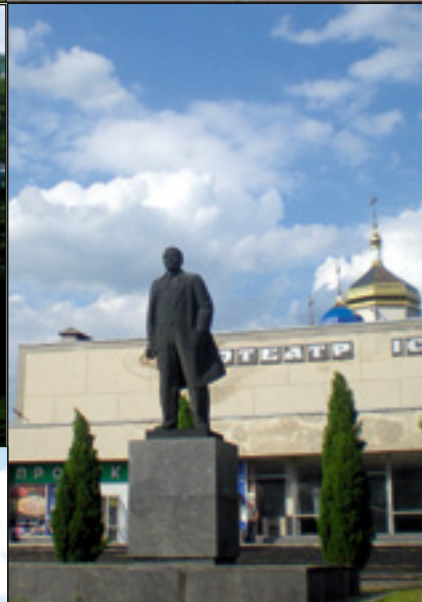
### La importancia de los idiomas

Si uno pretende vivir una aventura en moto, conviene, antes de comprar un solo mapa, enterarse de qué idiomas hablan por ahí fuera y aprender al menos unas cuantas palabras que faciliten lo más básico: comida, bebida, repostaje y alojamiento. ¿No basta acaso con el inglés y el francés? Dejando aparte los grandes hoteles de gran ciudad, la mayoría de la gente con la que te relacionarás fuera de Europa Occidental sabe menos inglés que Alfredo Landa. El francés es una buena ayuda en el Magreb y los países subsaharianos de la costa oeste (aparte la rareza anglófona de Gambia y la portuguesa de Guinea Bissau), pero en Turquía y Oriente Medio (salvo en el francófono Líbano) inglés y francés son inútiles.

En la antigua Unión Soviética podemos caer en la más total incomunicación. Allí sólo hablan ruso. El aventurero principiante tal vez confíe en mímica para hacerse entender. Pero se puede llevar sorpresas, situaciones embarazosas, cuando no un buen susto. La mímica es, como todos los lenguajes, una creación cultural y una convención social. Diferentes culturas y sociedades, distintos gestos. Cuando entré en Ucrania, tanto las señales de tráfico como las voces me eran incomprensibles. Era como estar en un laberinto. Allí hay hombres armados en las estaciones de servicio. ¿Cómo hacer comprender que quieres llenar el depósito?

Se me acercó un tipo con manguera en ristre y mirándome a los ojos deslizó el dedo índice por su cuello como quien amenaza con cortar el tuyo. Me quedé helado. Deslicé un montón de billetes en la caja (kacka, en ruso), llenaron el depósito, devolvieron el cambio y me largué todavía con temblores en las canillas. 300 kilómetros más tarde, en la siguiente gasolinera, el operario repitió tan amenazador gesto. Esta vez, lejos de asustarme, asentí. Él llenó el depósito y yo pagué la cifra exacta. Así fue como aprendí que el modo soviético de llenar el depósito hasta arriba consiste en deslizar el dedo por el cuello de un extremo a otro. Y es que los gestos no siempre significan lo que parecen.

Así que cuidado ahí fuera con lo que hacemos con las manos.



que hay playa, pero sólo encuentro un horizonte de chimeneas humeantes y grúas portuarias. A los ucranianos no parece importarles. Se tumban felices en una arena gruesa mezclada con cenizas. Me siento en una terraza a tomar una cerveza de sabor deleznable. Una cuadrilla de rapados delincuentes se acerca a examinar la moto. “¿Amerikanski?” preguntan entusiasmados. “No”, contesto, “español”. En su visible mueca de decepción se puede leer el hondo afecto que sienten por Europa.